

ARGENTINA: FUTURO DIFÍCIL

PARA ser un mito histórico, un personaje con carisma divino, el porcentaje de votos obtenido por Perón no parece excesivo (poco más o menos, un 60 por 100 de los votos, según los datos del lunes, cuando aún faltaba algo para terminar el escrutinio), para un candidato normal a la Presidencia sería muy suficiente, con una suma superior a la de todos los demás partidos de la oposición juntos. Una cifra como para gobernar cómodamente, si las circunstancias reales de la Argentina fuesen cómodas. En otras palabras, la elección de Perón se ha desarrollado como estaba prevista —quizá con algunos votos menos de los que se creía—, pero el futuro de la República Argentina no lo está. Algunos de los datos de esta inseguridad son conocidos: las fuerzas que dan la victoria al peronismo son muy distintas entre sí, desde una derecha nostálgica de algunas formas del fascismo a la italiana hasta el partido comunista —sin cuyos abundantes votos la elección quizá hubiese sido comprometida—, que por razones históricas y coyunturales favorecen la amplitud del frente electoral, pero que a la hora de gobernar van a tener puntos de vista muy contrarios; algunas fuerzas que apoyan a Perón —como los militares, como la Iglesia— lo hacen con toda reserva y en evitación de mayores males, pero pueden abandonarle —o algo peor— en algún momento, para no estar implicadas en un fracaso; la agitación no se ha contenido —el mismo domingo electoral hubo un nuevo acto de las guerrillas urbanas—. Pero cumple los setenta y ocho años antes de su toma de posesión, prevista para octubre, y de sus palabras y de sus actos no se deduce que las curas de rejuvenecimiento que dicen que se le han hecho en Rumania hayan obrado alguna maravilla en la cuestión del talento político, y en consecuencia, una camarilla familiar —su tercera esposa, Isabel, elegida para la Vicepresidencia; López Rega y todo un grupo muy adherido a la Casa Rosada y sus aledaños— son quienes verdaderamente van a administrar el país. Si se une a esto la coyuntura económica y financiera, que es grave, y la internacional, que tras el golpe de Chile ha hecho de Argentina un país cercado por las dictaduras, se comprende fácilmente que el futuro no está en absoluto escrito, y que la euforia electoral del domingo y sus vísperas, la manifestación de alegría que recorrió las calles de Buenos Aires cuando se anunciaron los resultados, el comunicado de los justicialistas y la alocución victoriosa de Perón tienen escaso contacto con la verdadera situación.

DE todas las amenazas que pesan sobre esta euforia, una de las más visibles es la del golpe militar, aunque fuera como consecuencia de algunas de las otras. Si Chile no tenía tradición golpista, Argentina sí la tiene, y Perón lo sabe muy bien porque fue protagonista del más famoso de ellos. Entre 1930 y ahora se contabilizan ocho. Sin intentar en lo más mínimo hacer una comparación entre Allende y Perón, sí puede decirse que algunas de las circunstancias tienen un cierto parecido. Perón no tiene más remedio que proceder a una serie de medidas de nacionalización, de control obrero, de corrección de los latifundios, de saneamiento de la banca, de presión sobre el capital extranjero, y ya lo ha anunciado así. Estas medidas van derechas a enfrentarse con unos grupos muy poderosos. La adopción de la política de centro-derecha no le puede librar de estas obligaciones, que son un pacto con algo más que sus electores: con las fuerzas que le han llevado al poder. No olvidemos que las elecciones, tras una serie de argucias legalistas y constitucionales, no son más que la ratificación de un movimiento popular en el que hubo siempre más ilusiones que posibilidades auténticas.

LA posibilidad real de Perón y su camarilla es la de un reformismo lento que le permita al mismo tiempo convencer a sus masas de que se trata de una revolución real y a plazos posibles, y las oligarquías de que no va a causar demasiados daños. No es original. Es una fórmula de nuestro tiempo. En la posibilidad del paralelismo con Chile —repetiendo que con todas las reservas del caso— está la entrada en un alza de salarios, un aumento de consumo, una escasez de productos básicos alimenticios, una necesidad de importación y un bloqueo económico de los Estados Unidos (se puede recordar que ya en el primer gobierno de Perón, Argentina conoció escasez de carne y de trigo, siendo uno de los primeros países del mundo en esas producciones).

POR otra parte, el tema chileno ha dado un impulso psicológico a dos fuerzas importantes: la del Ejército y la de los Estados Unidos. Con Allende en el poder, a pesar de las amenazas de nacionalización y de alguna nota hostil de la Embajada de los Estados Unidos, había ya un cierto coqueteo peronista con el Departamento de Estado y circulaban informes más o menos secretos, según los cuales se estaba en algunas vías de entendimiento. En pura lógica, esto debe desaparecer. Los Estados Unidos saben ahora que, a pesar de las supuestas variaciones en las circunstancias del mundo, es posible ya un golpe que vaya en su favor sin que apenas haya más que manifestaciones de las oposiciones políticas de todo el mundo, pero no de los gobiernos, y, desde luego, no de los gobiernos de la Unión Soviética y de China, que no se retraen ahora de su política de coexistencia por actos que sucedan fuera de unas zonas en las que no pretenden ya tener influencia, que no resultan fronterizas para las de sus intereses. Si un Perón del centro-derecha, con un partido comunista moderado comprometido con él y a su favor —los intentos del radical Balbin para atraerse a los comunistas con la promesa de unas condiciones de acción política mejores que las que ofrecía Perón no dieron resultado en las vísperas electorales—, podía resultar conveniente a los Estados Unidos como freno para una situación realmente revolucionaria, ahora pueden tener ya interés en elevar a otras fuerzas más a la derecha.

ESE mismo efecto psicológico del cambio de Chile ha de advertirse en sentido contrario en las fuerzas gubernamentales. Es decir, van a tratar de que la experiencia no se repita en su propio país. Pero, ¿por qué camino? Una parte puede intentar reforzar de tal manera los resortes del poder —la invención de una legalidad nueva, que ya se está haciendo con las reformas constitucionales— que hagan imposible que sea asalto, pero otra parte más moderada —probablemente el propio general Perón— va a tratar de que las reformas económicas, políticas y sociales sean tales que no hagan necesaria la reacción defensiva de las oligarquías. No salimos de las fórmulas imposibles: cada una de esas dos ideologías obstaculizará a la otra.

OTRO tema que va a tener consecuencias por ahora imprevistas es la antigua bipolaridad de América del Sur entre sus dos naciones más grandes y con más recursos: Argentina y Brasil. Desde los primeros momentos —aun desde Madrid, aun antes del gran regreso—, Perón y su grupo han tratado de comunicarse con otros países del subcontinente, y no sólo con sus gobiernos, sino con sus oposiciones. Se ha tratado de que el peronismo fuese un sistema multinacional. Esta idea procedió de algo totalmente irreal, como era el de atribuir al peronismo el carácter de doctrina, cuando se sabe que no la tiene, sino que es una amalgama de interés y lirismo, de residuos históricos y de negación de otras posibilidades, pero podía servir, por una parte, de rechazo del castrismo —a pesar de la apertura de relaciones con Cuba, de la visita del presidente Dorticós y de toda la ayuda que el peronismo ha recibido de Cuba, todo ello era fruto de una política nacional cubana para conseguir la rotura del cerco, pero no de una política ideológica castrista—, pero, por otra muy principal, de rechazo del sistema brasileño, que es simplemente el de una dictadura fascista con el apoyo de los Estados Unidos, mantenida por una policía política y unos sistemas de represión bastante duros, que si hoy son más suaves es porque la oposición ha sido ya diezmada. El viejo problema de la hegemonía sobre América del Sur entre los dos países era, sobre todo, el gran fondo de este enfrentamiento. Pero los éxitos del brasileñismo han sido considerables en estos últimos tiempos. Los Estados-tampón existentes entre Brasil y Argentina se han ido inclinando hacia el brasileñismo: Bolivia, Uruguay, Paraguay. No tenía ya más que un vecino Argentina con el que entenderse: Chile —y ya Allende había tenido varias entrevistas con los argentinos antes del advenimiento de Perón—, y la velocidad con que se han intercambiado mensajes de felicitación y agradecimiento entre los nuevos gobernantes de Chile y los de Brasil —mensajes en los que se ha manejado con la facilidad y profusión acostumbrada la palabra democracia— indica claramente la tendencia brasileñista de Chile. En este contexto, Argentina queda aislada. Y ese aislamiento geográfico y político, unido al económico,

LA HORA DE LA BURGUESIA

Se sospechaba que la socialdemocracia de Suecia y sus aliados de la izquierda podían perder las elecciones del domingo 17 después de más de cuarenta años de ejercicio del gobierno; no ha sido así, pero se ha mantenido en condiciones precarias. Sólo dos votos de mayoría en el Parlamento, gracias a que un ligero avance de los comunistas, que mantienen su coalición gubernamental, ha enjugado las pérdidas socialistas. Con respecto al Parlamento anterior hay un ascenso de los partidos de centro y de los moderados (conservadores). Es decir, una mayor solidez de la burguesía. Se repiten así, de una manera menos grave para los socialistas, los resultados de la votación del domingo anterior en Noruega. Y una situación que está viniendo a ser clásica en Europa y en los países de régimen europeo: el auge de la burguesía.

Esta situación es curiosa. La burguesía europea está desde hace años nutriendo sus filas por el acceso de las clases obreras a una situación de lo que se llama bienestar. Un nivel de vida aceptable, una reducción de las barreras o fronteras de las clases sociales, una permeabilización suficiente de los distintos estratos como para permitir el ascenso y en algunos casos —como los escandinavos— la desaparición casi total de la pobreza. Es indudable que esta nueva burguesía se ha creado, se ha formado por la presión de los partidos de la izquierda, por su gobierno en los escasos países en que lo han alcanzado —y Suecia es uno de ellos— o por la fuerza de la oposición y hasta por las amenazas revolucionarias en aquellos lugares de gobernación más rígida. Sin embargo, cuando estos nuevos burgueses llegan a la posesión de su bienestar comienzan a firmar una barrera que tiende a negar la validez de las doctrinas de izquierda de las que ha nacido. Diríamos que el modelo clásico de esa situación se produjo ya en Francia a partir de la revolución de 1789; una revolución burguesa, se dice siempre en los manuales de historia, y es cierto; pero una revolución que fue impulsada y ganada por las clases populares, sustituidas luego en el uso del poder por la burguesía, que era la beneficiada de la anulación del absolutismo y los residuos del feudalismo. Otro modelo es el de los Estados Unidos y su paso del igualitarismo a la burguesía clasista. Podría pensarse que incluso algunas revoluciones de origen estrictamente proletario y antiburgués, como

la soviética (en la que incluso la segunda revolución, proletaria, de Lenin, se superpuso a la primera revolución burguesa, de Kerensky), termina finalmente en irse hacia una estabilidad de clases, de "las nuevas clases", como en la famosa denuncia a Milovan Djilas, y a instalarse en una situación de moral y de ideología burguesas.

Uno de los motivos de la devaluación electoral de la socialdemocracia en Suecia es el del aumento creciente de impuestos. Si pensamos que hace cuarenta años la socialdemocracia subió al poder precisamente porque el pueblo quería que los pudientes contribuyesen con mayores impuestos a las cargas del Estado, y el Estado a su vez dedicase esas cargas a la mejora social de todos, nos encontramos con la paradoja de que gracias al beneficio de esos impuestos se ha creado una burguesía —los mismos o los descendientes de quienes lo reclamaban entonces— y que son esos herederos los que protestan ahora de los impuestos que han de pagar. Al mismo tiempo, los grupos más a la izquierda de la coalición gobernante se quejan de que las medidas económicas del gobierno para evitar la inflación y para restablecer la balanza de pagos con el exterior comienzan a pesar más sobre la masa obrera que sobre la burguesía y el gran capital —el socialismo sueco mantiene un 90 por 100 de la industria en manos privadas; sus nacionalizaciones han sido muy escasas—. Este problema que se manifiesta así en Suecia, como antes en Noruega, es muy europeo. En Francia principalmente, aunque en las últimas elecciones haya habido una inclinación hacia la izquierda, se mantiene firmemente el gobierno burgués dominante gracias a la amplitud de una clase social centrista —o indiferentista— que quiere conservar unos privilegios. Pero la amplitud de esa masa burguesa ha sido conseguida gracias a las prestaciones de la izquierda, desde el Frente Popular de 1936 y los primeros gobiernos de la posguerra que mantenían aún una dosificación izquierdista salida de la Resistencia, y por los grandes movimientos sociales de las épocas posteriores. La actual inquietud social francesa y los movimientos hacia la izquierda proceden de que la burguesía en el poder comenzó a su vez a evolucionar de nuevo hacia un clasismo económico. Es un movimiento pendular que ya muchas veces se ha señalado en la historia de los pueblos del continente. ■ J. A.



La manifestación de alegría que recorrió las calles de Buenos Aires cuando se anunciaron los resultados tiene escaso contacto con la verdadera situación.

puede precipitarla con alguna rapidez en un cambio brusco de gobierno. Perón debe haber pensado en la posibilidad de mantener abierta su villa de Madrid, que en cualquier momento puede serle útil. Esta sensación de cerco, más una identidad sentimental con la experiencia allendista de muchas de las fuerzas de Perón, ha jugado mucho en las manifestaciones allendistas de estos días en Buenos Aires y en otras ciudades argentinas. Se ha llegado a pedir en algunos periódicos que el gobierno argentino envíe tropas para combatir a la Junta chilena... Naturalmente, sin ningún eco oficial. Perón, por el contrario, se ha apresurado a explicar que las relaciones con Chile se mantendrían, fuese quien fuese su gobernante. Pero se sigue con enorme interés el desarrollo de las relaciones Chile-Brasil. El sábado llegó a Brasilia el coronel chileno Aquiles López, quien no ha dejado de decir —en su escala en Montevideo— que su viaje era simplemente de relaciones económicas y comerciales, que estaba programado antes de la muerte de Allende y que no tenía ningún alcance político, pero en Argentina se hace mucho énfasis a esta visita que se cree que puede ser el principio de una relación muy amplia e incluso de una acción interamericana.

TODAS estas amenazas interiores y exteriores son las que pesan en una nueva situación de la República Argentina, en la cual ni los resultados de las elecciones, ni la alianza de necesidad, ni la supervivencia del mito son demasiado importantes para contrarrestarlas. Un destino de golpe de Estado se vislumbra en el horizonte. Ello no quiere decir necesariamente que vaya a producirse en los últimos días; podría ser inmediato, pero podría tardar unos meses o unos años. Si nos fijamos en el caso chileno —no porque se pueda considerar como norma, ejemplo o patrón, sino porque puede aleccionar a algunos en el camino a tomar—, podrá producirse cuando las circunstancias se hayan deteriorado aún más en el país. Aunque en realidad todo golpe de Estado comienza ayudando a que las circunstancias se deterioren y culpando al poder establecido de haberlas dejado deteriorar.